

en la astucia de disputas, ni en el apetito de alabanza y humana gloria, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que, desde el seno de María hasta la Cruz, eligió como principio de su fortaleza, y enseñó como esencia de su doctrina nuestro Señor Jesucristo (1). Este anonadamiento incluye un reconocimiento perfecto de la soberanía del único sér que existe por sí mismo, y es el estado natural de toda criatura delante de Dios. La humildad produce en el cristianismo la obediencia. Jesucristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (2); y dijo que no venia á hacer su voluntad, sino la del Padre (3), ni á valerse de su carácter de Hijo de Dios para quebrantar la ley, sino para ser el primero en cumplirla (4). A este modelo se ajusta el Católico, y obedece á las potestades que gobiernan, porque sabe que toda potestad viene de Dios (5); y en su humildad acepta el estado de dependencia en que Dios le ha puesto. Si por su nacimiento es grande, ó por su riqueza ó por su poder, no desdeña acercarse y tender la mano al pobre y al desvalido: sabe que Jesucristo trataba con ellos, y se bajó á lavar los piés á sus discípulos, diciendo: «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (6).» No envidia la riqueza del mundo, ni se desespera en la pobreza: recuerda que Jesucristo dijo: Bien-

(1) *Tota christianæ sapientiæ disciplina, non in abundantia verbi, non in astutia disputandi, neque in appetitu laudis et gloriæ, sed in vera et voluntaria humilitate consistit, quam Dominus Jesus Christus ab utero matris usque ad supplicium crucis pro omni fortitudine, et elegit, et docuit. (Id. id.)*

(2) Philip. II, 8.

(3) Joann. VI, 38.

(4) Matth. V, 17.

(5) Rom. XIII, 1.

(6) Joann. XIII, 15.

aventurado el pobre y el que padece (1). En una palabra, Señores, la humildad hace al hombre imágen de Jesucristo, le hace justo; porque siendo ella misma la justicia, le enseña á dar á cada uno lo que le corresponde, á Dios la adoracion, á los superiores la sumision y el respeto, á los iguales é inferiores el amor, á sí propio, nada; porque, del mismo modo que Jesucristo, no busca su gloria, sino la de Dios (2); y todo su sér emplea en corresponder á los designios de Dios, en el lugar donde este le ha puesto para su felicidad y la de sus hermanos. El orgullo quiere ser el primero, el único; la humildad se contenta con el último puesto. El orgullo quiere ser rey, la humildad súbdita. El orgullo es un tirano, que quiere mandar y oprimir á todos; la humildad es el amor, que quiere servir y darse á todos. Por ello es la madre de innumerables virtudes, dice Santo Tomás de Villanueva. El que es humilde se somete con gusto á todos; á nadie quiere ofender; las injurias que se le hacen, ó por su mansedumbre no las siente, ó por su paciencia las sufre. Quieto para sí, pacífico para los demás, para todos benigno, para todos agradable, á todos ama, á nadie oprime, á nadie desprecia, á nadie daña, de todos se hace súbdito por amor (3).

¿Cuál de estas doctrinas eleva al hombre á mayor grandeza? Así como no hay sentimiento en el hombre

(1) Matth. V, 3, 10.

(2) Joann. VIII, 50.

(3) *Ex hoc enim fonte innumeræ aliæ virtutes scaturiunt.... Qui enim humilis est, libenter omnibus obtemperat, omnes timet offendere: injurias vero, aut per mansuetudinem non sentit, aut per patientiam sustinet; quietus sibi, pacificus omnibus, omnibus mitis, omnibus gratus, omnibus innoxius, amabilis cunctis, nemini gravis: nullum despicit, nullum lædit, omnibus subditus, in neminem protervus. (S. Tom. Vill., Serm. 1 de S. Martino.)*

que no tenga manifestacion en uno de sus actos, así tampoco hay accion que no produzca un efecto propio en el mismo hombre. Ese efecto es conforme á la naturaleza del acto. Si este es vicioso, opuesto al orden y armonía de los séres, el efecto es malo; si el acto es virtuoso, obrado con arreglo á las leyes de cada orden de cosas, el efecto es bueno. El efecto malo es el desorden, la corrupcion, el envilecimiento, la degradacion. el efecto bueno es la grandeza, la perfeccion, la santidad y la gloria. Ahora, pues: el orgullo y las acciones que en él tienen su origen, contradicen á la verdad, á la armonía de los séres criados y á la ordenacion de Dios: su efecto será siempre la injusticia, la maldad, el crimen. El orgullo, dice San Agustin, es la falaz grandeza de los mezquinos; desde que se apodera del espíritu, levantándole le abate; hinchándole le deja vacío; extendiéndole le disipa (1). Vedlo en el primer hombre rebelado contra Dios. Desordenándose á sí mismo, lo desordena todo, y toda criatura le insulta, diciéndole: Hé aquí al hombre que no puso en Dios su ayuda, sino que confió en la abundancia de sus bienes, y quiso prevalecer por su vanidad (2). ¿Quereis verlo mejor? Mirad á Jesucristo en el Pretorio: tomó sobre sí nuestras iniquidades; se cargó con nuestras miserias (3). Por ello se le acusa del crimen de Adan: «Ha querido proclamarse Rey, claman sus enemigos; se hace á sí mismo Hijo de Dios (4).» Aunque en Jesucristo esto no es un crimen,

(1) Superbia fallax infirmorum est magnitudo, quæ ubi mentem possederit erigendo dejicit, inflando evacuat, distendendo dissipat. (S. Aug., ex lib. 50 Homiliar., Hom. 20.)

(2) Psalm. LI, 9.

(3) Isai. LIII, 4.

(4) Luc. XXIII; 3 Joann. XIX, 7.

porque es una verdad, es un derecho, sufre que se le acuse; porque hace las veces del que cometió este crimen. *Ecce homo*: hé ahí al hombre; hé ahí la humanidad culpable; hé ahí al hombre en los efectos de su orgullo. Le ha sido quitada su vestidura, y queda desnudo y afrentado ante el cielo y la tierra. En cambio no encuentra sino un manto raído, vestidura de irrision, que apenas cubre sus llagas y disfraza su desnudez. Quiso una corona, y la buscó en la tierra; y la tierra maldita no le da sino espinas, que le punzan y atormentan, mientras sirven á su vanidad. Quiso un cetro, signo de poder, y su cetro es una caña; y su autoridad, como la caña, quebradiza; y como ella, al romperse, hierre la mano que en la misma se apoya. Quiso tener súbditos, y encontró enemigos que se creen superiores; y le insultan, y le arrancan el cetro para herirle con él, y le escupen á la cara. Se presenta en público, y un clamoreo horrible le rechaza y grita: «Quita, quitadle de nuestra vista; no queremos que reine sobre nosotros; muera y sea crucificado ignominiosamente (1).» *¡Ecce homo!* Hé aquí al hombre que no puso en Dios su ayuda, y se fió en su vanidad y en sus riquezas. No aparteis la vista de ese cuadro, hombres que, en vuestro orgullo, buscáis la gloria en la carne y en las criaturas. Jesucristo, que se hizo pecado por nosotros (2), nos dice en su coronacion lo que somos, nos dice lo que merecemos y lo que logramos. Recorred tambien la historia de todos los hombres dominados por el orgullo. ¡Cuán despreciables se hacen, cuán odiosos á los demás, cuántas maldiciones se atraen! Y no sin razon, hermanos míos, porque el orgullo es hermano de la bajeza. Ansiando la

(1) Id. id. 15.

(2) II Corinth. V, 21.

elevacion, y para llegar á ella, se vende, se esclaviza, consiéntelo todo; se envilece realmente para adquirir grandeza aparente; mendiga la púrpura para cubrir su desnudez; devora los desprecios, para devolverlos más tarde, trocados en dureza, en despotismo, en brutalidad, en crímenes tal vez. Y despues de todo esto, ¡qué horrible decepcion! El fin que anhela el orgulloso, ese fin á cuyo logro todo lo sacrifica, es inasequible: el orgullo arrastra y precipita á muchos, y es imposible que todos sean lo que quieren, el primero. El Sér Supremo, solo es uno; solo es Dios.

Al contrario, la humildad, y las acciones que la patentizan, están en armonía con el plan divino, cooperan al desenvolvimiento del orden establecido por Dios. Su efecto, pues, será siempre la perfeccion, el heroismo, la gloria. Vedlo en Jesucristo: Porque se humilló, Dios le exaltó, y le dió una gloria sobre toda gloria; y al eco de su nombre se dobla toda rodilla en el cielo, y en la tierra y en los abismos (1). Su humildad fué el principio de su exaltacion: hablo, Señores, considerándole como hombre. Vedlo en los Santos, imitadores de la humildad: Fernando de Castilla, Luis de Francia, Isabel de Portugal é Isabel de Hungría, bajando del trono, y sentándose á la cabecera del pobre para curar sus llagas, ¿no han merecido por ello más bendiciones de los pueblos y más gloria que por sus títulos y conquistas? Celestino III, dejando el supremo Pontificado para encerrarse en un claustro; Francisco de Borja, el favorito de Cárlos V, abandonando el poder, y las riquezas, y las delicias de la Côte para vestir la sotana de la Compañía de Jesus, y consagrarse á las obras de humildad; y mil

(1) Philip. II, 9.

y mil otros como ellos, que en la grandeza fueron humildes, y en la humillacion resignados, ¿á qué sino á la humildad han debido la grandeza? Los hechos de los conquistadores, y los conceptos de los sábios, y los proyectos de los políticos, los sabe una mínima parte del género humano; los saben los que pasan su vida sobre los libros, porque esos nombres y esos hechos están envueltos en el polvo de las bibliotecas. Los hechos de los imitadores de la humildad de Jesucristo los sabe el mundo todo, y el mundo entero los aplaude, porque sabe apreciar y aprecia la grandeza que encierra el sacrificio, y el sacrificio va unido siempre á la humildad (1).

¿Sabeis la causa de este diferente efecto del orgullo y de la humildad? Todas las cosas dependen de Dios; de él reciben la vida, y su accion es necesaria para conservarlas, para engrandecerlas. Quitad del mundo la accion de Dios, y el mundo volverá al caos, á la nada. Esa accion de Dios se manifiesta especialmente y es necesaria en el hombre, imágen y semejanza de su Criador. Solo es grande, solo es bueno, cuando se acerca á Dios. Siempre será mezquino, siempre será víctima del mal, mientras se aleje de Dios y no se alimente de la verdad, del amor, de la vida de Dios. El orgulloso es el que se aparta de Dios; el humilde se acerca á él, á él lo pide todo, á él lo refiere todo. Y Dios dice, que resiste y rechaza á los soberbios, y solo da su gracia á los humildes (2). Dice, que con los sencillos tiene su trato (3); y que es preciso hacerse humildes como niños para entrar en el reino de los cielos (4). Hé aquí por qué exclamó

(1) Humilitas cordis sacrificium est. (S. Aug. Enarrat. in Psalm. 130.)

(2) I Petr. V, 5.

(3) Prov. III, 32.

(4) Matth. XVIII, 3.

Jesucristo: «Te bendigo, Padre, Señor y Rey del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las revelaste á los pequeños (1);» es decir, has apartado tu gracia y has ocultado las maravillas de tu amor á los que se llaman sábios, á los que, llenos de orgullo, todo pretenden saberlo por sí mismos, y á sí solos atribuirlo todo; y las has revelado á los pequeños, las has comunicado á los humildes y sencillos de corazón, que no se apartan de tu ordenación sublime. La grandeza viene de Dios; de él el talento, la riqueza, el poder; de él es cuanto existe. Solo el que se acerque á Dios y á él se someta, y de su mano reciba sus dones para usarlos noblemente, según Dios, solo este será digno de la grandeza, que principia con la virtud en la tierra, y se consume con la posesión de Dios en la eternidad.

Pero no creáis, Señores, que la doctrina de la humildad tiende á abatirlos, y á cortar el vuelo á las aspiraciones del corazón. Ninguna otra doctrina exalta al hombre como la doctrina católica: ninguna otra le propone una ambición más noble ni un fin más sublime. Ella le habla siempre de su origen y de su fin en el cielo; le ofrece la inmortalidad en la eternidad; le da á Dios por Padre y por hermano, por patria el cielo, la gloria del Infinito, y al Infinito mismo por premio y por herencia. Así es como esta doctrina armoniza la humildad con la más sublime elevación del alma, enseñando que la exaltación y la grandeza no está en la naturaleza, en la gerarquía material ó exterior de los seres, sino en el corazón, en el alma ennoblecida por la gracia y la virtud. La virtud crece más, cuanto más profunda está su raíz; y cuanto más se humilla el hombre, y del fondo de su

(1) Matth. XI, 25.

humildad eleva su corazón hasta Dios, más espacio recorre, dice San Agustín, más grandeza adquiere, mayor es su heroísmo, más encumbrada su virtud, y su santidad, y su gloria (1). Tal es la doctrina fundada en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo, que ha regenerado al mundo, restableciendo en el individuo y en la sociedad la armonía que destruyera el orgullo hermanado con la concupiscencia, sustituyéndola con la humildad enlazada con la caridad fraterna, de que nos ocuparemos en los días siguientes. Veamos ahora la confirmación de todo en la humillación voluntaria de Jesucristo en la Eucaristía, y en los resultados que produce en los que se unen á él por este Sacramento.

## SEGUNDA PARTE.

La verdadera felicidad del hombre consiste en la unión con Dios para vivir de su propia vida, obrar según su espíritu y reflejar en sí la grandeza de Dios (2). Lo vimos en el discurso anterior; y vimos también, que el medio más eficaz para elevarse á esa felicidad, es la Comunión Eucarística, que nos hace vivir de Jesucristo, nos comunica la vida de Dios. Mas para que Dios se comunique al hombre, ha de haber en este una disposición indispensable: el orden, la humildad. Lo hemos visto antes, y Jesucristo nos lo enseña en su vida eucarística como en su vida mortal. En una y otra tiene los

(1) S. Aug., Serm. 10 de Verbis Domini.

(2) *Secutio Dei, beatitudinis appetitus est; consecutio autem ipsa beatitudinis.* (Id. de vita beata.)

mismos caracteres; en una y otra es verdad, camino y vida del hombre; en una y otra es el modelo de nuestras acciones y el término de nuestras aspiraciones. Hombre, es nuestro modelo; Dios, es nuestro término. Hombre, primogénito de los hermanos, nuevo Adán que precede á la humanidad regenerada por él, traza el camino que hemos de recorrer para llegar á Dios. Dios, nos sostiene en el camino, nos abraza en su término, nos inunda de amor y de gloria; y Dios-hombre, compañero inseparable de la humanidad, perpetúa su vida en la Eucaristía, para que en ella y por ella se eleve el hombre hasta él, y se una con él (1).

¿Cuál es el carácter de esa vida eucarística del nuevo Adán, tipo de la humanidad, puesto constantemente ante nosotros? El mismo de su vida mortal; la humildad, la humillacion voluntaria, el sacrificio, la muerte de sí mismo. De ese modo principió su obra, dice San Leon, de ese modo quiere consumarla (2). Contempladle en esa hostia santa, y decidme: ¿Puede abatirse más? ¿Puede reducir á menor término su grandeza? En la tierra ocultó su divinidad; en el altar oculta tambien su humanidad (3). Solo ocultándola puede el hombre acercarse á él sin que le deslumbre y confunda el brillo de la gloria de esa humanidad divinizada. El amor le hace que se humille, porque solo así puede el hombre unirse á él, alimentarse de él. Ahí aparece como muerto, siendo la misma vida; aparece pequeño, siendo la misma

(1) *Ista est via: ambula per humilitatem, ut pervenias ad æternitatem. Deus Christus, patria est, quo imus; homo Christus, via est, qua imus. (Id. de Verb. Dom., Serm. 41.)*

(2) S. Leo, Serm. 7, in Epiph.

(3) *In cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas. (S. Thom., Rhythm. ad Sac. Euchar.)*

grandeza; aparece como pobre, siendo la misma riqueza. ¡O amor! ¡Cuán grande eres en tus invenciones, y cuán incomprendible en tus misterios! ¿Quién, Señores, sin la fe y sin el amor, reconociera en la pequeñez de esa hostia al Hijo del Eterno Padre? ¿Quién se hubiera atrevido á decirle: Si quereis darnos una prueba de amor, anonadaos, escondeos bajo la humilde especie de pan para servirnos de alimento? Pues hé aquí, exclama San Agustín, que lo que el hombre, con toda la osadía de su orgullo, no se atreviera á pedir, lo otorga y hace voluntariamente Jesucristo (1). Su cuerpo, su alma, su divinidad, todo lo encierra en ese Sacramento. Y no solo sufre la humillacion voluntaria de anonadamiento, y la de su estado de víctima ofrecida al Padre constantemente, sino que tambien en ese Sacramento, como en su vida mortal, consiente las humillaciones que recibe de los hombres. Ahí sufre la persecucion de los herejes, y las blasfemias de los impíos, y la indiferencia de los que, llamándose cristianos, se olvidan de él, y el desprecio de los que se dan el título de espíritus fuertes; como si pudiera el hombre ser cristiano sin Cristo, ser cristiano sin fe, y ser espíritu fuerte sin el espíritu de Cristo. Para sufrirlo todo, se humilla y permanece anonadado en esa hostia veneranda. ¡O humildad de Jesus! ¡Cómo confundes nuestro orgullo! ¡O amor! ¡Cómo no triunfas con tu humillacion voluntaria de la indiferencia filosófica, de la inmoralidad libertina, de la hipocresía farisáica, del orgullo y de la tibieza tan general en nuestros tiempos?

(1) *In corpore et sanguine suo voluit esse salutem nostram. ¿Unde autem commendavit corpus et sanguinem suum? De humilitate sua. Nisi enim esset humilis, nec manducaretur nec biberetur. ¿Quis autem homo posset ad illum cibum? ¿Ubi cor idoneum illi cibo? (S. Aug. Enarrat. in Psalm. 33, Serm. I.)*